

Sincretismo y mestizaje

El carnaval rural y ribereño en el Bajo río Magdalena

El carnaval traído por los europeos, entró por el río Magdalena, se nutrió de los elementos culturales de los nativos habitantes y de los esclavos negros, que desde el siglo XVII, hicieron su aparición en el escenario ribereño como bogas. De ese crisol nació una nueva fiesta, irradiada por todo el país.





Por Édgar Rey Sinning*

Especial para Palabras

Los geógrafos y otros especialistas han dividido el río Magdalena en varias partes, pero, en general, se habla de tres porciones bien definidas: la primera desde su nacimiento hasta La Dorada, Alto Magdalena; desde La Dorada hasta El Banco, Magdalena Medio y desde El Banco hasta su desembocadura en el mar Caribe, Bajo Magdalena. En ese territorio, se escenifican desde muy entrada la Colonia, celebraciones religiosas tristes y alegres, con mucha resonancia nacional. Sin embargo, son los carnavales, la fiesta con mayor aceptación en esta subregión que, no sólo, arropa a los pueblos del departamento del Magdalena, sino también a los pueblos vecinos de Bolívar.

Ese carnaval rural y ribereño, aún pervive y forma parte de las manifestaciones culturales de los pueblos que están ubicados entre el municipio de El Banco y

Sitionuevo, ambos, en la orilla derecha del río Magdalena. En este artículo mostraremos, cómo a pesar de la dinámica socioeconómica de la subregión y lo esplendoroso del Carnaval de Barranquilla, hombres y mujeres ribereños le rinden homenaje al dios Baco, en medio de sus dificultades económicas y dentro de su propia lógica, y, cómo muchas de las expresiones que se escenifican en el Carnaval de Barranquilla, provienen de esos pueblos.

Este artículo pretende mostrar la presencia de expresiones de la cultura popular, enraizada en los pueblos pertenecientes al departamento del Magdalena localizados en la margen oriental del río Grande de la Magdalena. El territorio carnavalero señala no solo los municipios localizados en la ribera del río, sino el papel que esos pueblos jugaron desde los tiempos de la sociedad colonial.

El gobierno colonial persiguió al carnaval en los



Foto: Marceliano Piñón

pueblos de la antigua Provincia de Cartagena, así como otras manifestaciones de la cultura popular y ancestral de los nativos y mestizos ribereños, hoy bolivarenses. Esas persecuciones y prohibiciones determinaron que muchos vecinos de la provincia cartagenera atravesaran el río Magdalena y participaran de varios festejos, entre ellos, el carnaval. Pero mientras en la provincia de Cartagena se prohibían, en la de Santa Marta se permitían y hasta se estimulaban. Tanto que en el siglo XVIII las autoridades eclesiásticas cartageneras se quejaron por la permisividad que les ofrecía a los habitantes que fuesen a residenciarse en la provincia samaria.

Existen documentos que dan cuenta de algunas quejas sobre bailes aparentemente obscenos, bulliciosos y contrarios a Dios, que se daban en esa provincia. De ahí entonces que, a los gobernantes ribereños samarios les tocó dar explicaciones a las autoridades virreinales.

El gobierno colonial persiguió al carnaval en los pueblos de la antigua Provincia de Cartagena...

El segundo tema son las fiestas religiosas, unas patronales y otras regionales, que por su carácter festivo tienen una incidencia en el carnaval ribereño. De hecho, al revisar el surgimiento y el fortalecimiento de esta fiesta en la ciudad de Barranquilla, encontramos que en sus inicios el aporte de las colonias de pueblos ribereños es evidente. Hoy se aprecian en danzas como “Las Farotas”, “Los Coyongos”, “Los Goleros”, entre otras. El tiempo y el espacio de esas fiestas patronales sirvieron para que sus pobladores organizaran eventos festivos y de entretenimiento, muchos de los cuales llegaron en los baúles de los conquistadores españoles. Fiestas patronales como San Sebastián, Virgen de La Candelaria, el Corpus Christi, la Inmaculada Concepción, entre otras, se articulan con el Carnaval.

Un tercer punto que se presenta es una aproximación a ese carnaval rural en los pueblos ribereños, que, en tiempos pasados, se originó como consecuencia de los grupos de peninsulares, negros, mestizos y arrojados, que fueron ocupando el territorio ribereño de los nativos, a pesar de los esfuerzos de los nativos, Chimila por contener su penetra-

ción por las aguas del Magdalena. Fruto de esa simbiosis en la que se interactúan culturas, se formó una fiesta nueva, con manifestaciones fundidas, configurándose así una trietnia importante y definitiva para esa nueva fiesta. En este territorio, el Carnaval arrancaba siempre –hoy un poco antes- el día 20 de enero, cuando la iglesia católica homenajea a San Sebastián, patrono del municipio con ese nombre, y en Tenerife cuyo nombre colonial era Villa de San Sebastián de Tenerife, es su primer patrono, porque su segundo es San Luis Beltrán.

Otro aspecto clave es el ingenio en la creación de danzas y disfraces; tal hecho le ha permitido llevar su creatividad a las fiestas del Carnaval de Barranquilla y a las fiestas novembrinas o de la Independencia en Cartagena. Además de las señaladas anteriormente, encontramos la Danza del Hombre, que, se volvió Caimán de Plato, y “Las Pilanderas” de El Banco. En Tenerife se originó una danza denominada “La Matanza del Tigre”, que evolucionó a “El Tigre y el Gallego”, y que hoy se constituye en un disfraz colectivo con el nombre de “Los Gallegos”, la que vemos en varios pueblos ribereños (Tenerife, Plato, Santana).

Un último tema que en forma sucinta se muestra, son las elaboraciones de la poesía popular, a través de las letanías, ánimas o décimas, que los ribereños y las ribereñas componen para hacer reír a sus vecinos en tiempos de carnaval. Las letanías tienen una larga historia en el mundo carnalero: se elaboran a partir de recoger los hechos de la vida cotidiana, política (local, nacional o internacional) y convertir esos hechos en sátiras, irreverencias, burlas, para ridiculizar al político, a la autoridad civil, policial, militar o eclesiástica.



Foto: Marceliano Pión

”

Se originó como consecuencia de los grupos de peninsulares, negros, mestizos y arrojados, que fueron ocupando el territorio ribereño de los nativos...

El territorio carnavalero

Es indudable que el Bajo Magdalena es una subregión, no sólo geográfica, sino fundamentalmente cultural. Parte del territorio está integrado por municipios y pueblos que conforman la “Depresión Momposina”, que abarca municipios de Magdalena, Bolívar, Sucre y posiblemente, más allá. En esta vasta subregión magdalenense verdadera hoya hidro-cultural, se forjó lo que el sociólogo colombiano Orlando Fals Borda denominó “la cultura anfibia”, por ello, en el municipio bolivarense de Talaigua Nuevo se realiza el “Festival de la Cultura Anfibia”.

Se considera en este trabajo, al Bajo Magdalena como la subregión eco-cultural de los pueblos localizados entre El Banco y Sitionuevo en el

departamento del Magdalena. Pero a esta área también pertenecen municipios de Bolívar y Atlántico. A los nacidos en este territorio se les suele denominar ribereño, riberano, riano y a veces riaño. Son sinónimos y se podría decir que son caribeños-ribereños, es decir, son del Caribe colombiano, pero pertenecientes a la subregión bañada por las aguas del río Magdalena, de ahí que se hable que en el Caribe existe una unidad en la diversidad. Esta es una de las subregiones que integran la región Caribe continental de Colombia. De acuerdo con lo anterior, el territorio carnavalero de la “cultura anfibia” está integrado por municipios como: El Banco, Guamal, Santa Ana, Santa Bárbara de Pinto, Plato, Tenerife, Pedraza, Cerro de San Antonio, El Piñón, Salamina, Remolino y Sitionuevo.



Fiestas religiosas y el Carnaval Ribereño

Desde la época de la Colonia, existen fiestas religiosas con carácter sagrado que van a estar vinculadas con la celebración de los carnavales, además de las fiestas patronales que terminaban con grandes festines populares que convertían el tiempo y el espacio de fiesta sagrada en fiesta profana, algunas fueron fundamentales en el desarrollo del carnaval. Esas fiestas son: Corpus Christi, Inmaculada Concepción, San Sebastián, la Virgen de La Candelaria, se puede agregar la fiesta en honor a San Martín de Tours.

”

Estas festividades tienen una identificación con toda la tradición cristiana heredada de Europa.



”

Todos juegan a llorar la partida a la eternidad del más gozón de los mortales “Joselito Carnaval”...

Sin embargo, el calendario festivo que desemboca en el Carnaval, arranca con la fiesta en homenaje a la Inmaculada Concepción el ocho de diciembre, continúa con la Pascua y la Navidad y sigue con el Año Nuevo, la Epifanía el seis de enero, en el municipio de Santa Ana, el 20 de enero día de San Sebastián, en el municipio magdalenense con el mismo nombre. El 2 de febrero La Virgen de la Candelaria y al día siguiente San Blas en El Banco, e inmediatamente el Carnaval. Cuando la expresión de los carnavaleros: “Este carnaval es cortico”, significa que entre la fiesta de La Virgen de La Candelaria y los cuatro días de carnestolendas, sólo los separa una semana, a veces menos y, por el contrario, un carnaval es largo cuando es a mediados del mes de marzo.

Como se puede apreciar todas estas fiestas patronales están vinculadas a las celebraciones de las carnestolendas en la costa Caribe, de ahí que se afirma que estas festividades tienen una identificación con toda la tradición cristiana heredada de Europa. A la fecha, el carnaval es la fiesta más importante en la vida cultural del ribereño. Tanto arraigo tiene que algunos de quienes migraron hacia Barranquilla fueron de sus iniciadores en esa ciudad riberana, hermana menor de Santa Marta y Cartagena, pero capital del Caribe colombiano.

El carnaval en los pueblos ribereños

Ha sido una tradición en los pueblos localizados a orillas del río Magdalena, iniciar el Carnaval el 20 de enero, el día del patrono de San Sebastián de Buenavista del Magdalena, hasta llegar a los cuatro días (que solo eran tres) antes del Miércoles de Ceniza.

Agreguemos que la estructura del carnaval con sus danzas, bailes, comparsas, disfraces, reinas mofa o efímeras, el entierro del carnaval, en la mayoría de los pueblos se realiza el martes de carnaval, en otros, el día miércoles, a veces se quema o se entierra, pero lo importante y significativo es que el muñeco o el individuo es paseado por las calles, callejones o carreras de los pueblos y ciudades, dentro de un ataúd o llevado en una especie de camilla elaborada en forma improvisada. Todos juegan a llorar la partida a la eternidad del más gozón de los mortales “Joselito Carnaval”, todos saben que el año siguiente resucitará, dando cumplimiento a lo mandado por la vida festiva “el eterno retorno”, que nos plantea Mircea Eliade.

Las reinas cumplen un papel clave como mandamás de la fiesta, en algunos pueblos es acompañada de un rey, los desfiles se organizan por las calles principales, donde tienen cabida todos los actores, no hay espectadores, ya que todo el pueblo se vincula aplaudiendo y engrosando la procesión de carnavaleros. Igual se escenifica una serie de actos lúdicos que convierten el evento carnavalero en el epicentro de la vida cultural de los pueblos.

Por otra parte, en este tiempo y espacio carnavalero de los pueblos ribereños encontramos disfraces como el tradicional “Capuchón” y el de “Gallego”, que algunos identifican como un disfraz individual, pero realmente siempre ha sido una comparsa o una danza, en el caso del “Capuchón”, cualquier persona –hombre o mujer- podía cubrir su rostro, su verdadera identidad. Sin



Foto: Carlos Capella

Estas festividades tienen una identificación con toda la tradición cristiana heredada de Europa.

embargo, la complejidad de la sociedad, por rural que sea, impuso la necesidad de establecer cierta regulación para prevenir actos ofensivos o hechos que lamentar, por lo que se estableció el pago de un impuesto para adquirir un número que servía de identificación ante las autoridades civiles y policiales. Por lo que antes de disfrazarse y salir con el rostro oculto debía pagarse un impuesto, o comprar un número en la Alcaldía, o en la Inspección de Policía (todavía se hace en Santana).

El “Capuchón” fue un disfraz importante. Era un bombacho a veces de satín o de otra tela, para cubrir el rostro, cambiar la voz y, se portaba una vara en la mano para ahuyentar al que quería descubrir el rostro. Hombres y mujeres queriendo -pegar cachos o cuernos a la pareja-, lo usaban para no ser vistos por vecinos.

Se sabe de hombres que convidaron a la misma esposa por error, y de hombres embriagados besando a otro hombre, hasta descubrirlo al momento de consumir el sexo. Por eso, se armaban trifulcas y algunos resultaban heridos y muertos, situación que determinó normatizar el hecho de cubrirse el rostro. Pero hoy, el disfraz del “Capuchón” fue sucedido por otros: “La Mujer Maravilla”, “Supermán”, “Batman”, y demás contemporáneos.

Antes todos andaban con rabos, cachos, caretas, anilinas y borrachos en fiestas, que aún recuerdan los ancianos. El Carnaval mostraba la vida festiva de los ribereños y lo sigue haciendo a pesar de la situación económica que atraviesan muchos de los pueblos ribereños.

Desde la Grecia antigua se conoce la sátira, lo burlesco, lo cómico y lo ridículo expresado en el Como (representación escénica), luego en la comedia, en las coplas, los versos satíricos. Esos mismos elementos están presentes en el carnaval americano. Para el caso colombiano las coplas reciben varios nombres, entre ellos letanías, que son rezadas por pregoneros, ánimas o decimeros, y los encontramos en todos los pueblos con tradición carnalera: Santa Marta, Riohacha, Ciénaga, Barranquilla, Plato, El Banco, Santa Bárbara de Pinto, entre otros.

En todas se expresa la sátira, la irreverencia, lo cómico, lo burlesco, lo ridículo, su objetivo es criticar a los ricos, a los pobres, a las autoridades civiles, militares y eclesiásticas, en otros casos, para destacar los atributos de una mujer o de un hombre, bien en el baile o en la cama. De tal manera que, las letanías se convierten, año tras año, en lo novedoso por el contenido de ellas, aunque mantienen un estribillo en algunos casos, en cada carnaval sus autores recogen los acontecimientos sociales, culturales, políticos y económicos del pueblo y en los días de carnaval salen por las calles “rezando”, declamando sus cons-

trucciones poéticas, criticando a quienes son objeto de dicha letanía. Todas estas críticas establecen una tensión entre las autoridades, que en algunos casos, las consideran obscenas y demasiado fuertes, por la forma de hacer la crítica. De todas maneras, las autoridades y las gentes acomodadas o ricas de los pueblos, no tienen otra alternativa que resignarse a escuchar los improperios, acusaciones o simplemente críticas por sus proceder en la vida pública o privada.

No se debe olvidar que el carnaval y toda su parafernalia que llega al nuevo mundo, traen consigo sus máscaras y disfraces, sus pinturas y todos sus aditamentos. Pero aquí nuestros aborígenes también tenían las suyas, como también su achiote, bija y otros ingredientes que utilizaban para pintarse el rostro. Acto que se realizaba durante los ritos y ceremonias especiales y hasta para la guerra.

Pero también encontramos las máscaras zoomorfas, plumajes especiales, marcas con productos naturales, incrustaciones de metales y transformaciones del rostro, como disfraces de animales y de defectos humanos, actos estos que implican cambiar, -así sea por un corto tiempo- su personalidad.

Sin duda el carnaval de los pueblos ribereños mantiene en su esencia la estructura de las carnestolendas del mundo, solo que en estos pueblos sus habitantes lo organizan, lo viven dentro de su lógica. Es un carnaval rural, es cierto, pero con ingredientes propios de la vida urbana contemporánea, es interesante apreciar en el juego del festejo la aparición de elementos tradicionales revueltos con elementos nuevos, donde lo viejo, lo tradicional no desaparece y lo nuevo tampoco lo opaca. Se sobreponen uno con el otro, en un juego propio del mundo al revés, que es el carnaval.

**Sociólogo, ex gerente de TeleCaribe, docente universitario, doctorante en Historia de América.*



BIBLIOGRAFÍA AMADOR FERNÁNDEZ, Alfonso Armando. (sf). El Carnaval ribereño, entre la nostalgia y el olvido. Sf. Sc. 117p. CAAMANO BLANQUICET, Miguel y BARRETO VÁSQUEZ, Guillermo. (2001). El Banco. Ayer, Hoy y Siempre. Santa Marta: Alcaldía de El Banco-FOMCULTURA, 328p. CURCIO REALES, Robinson. Fragmentos históricos y culturales de mi pueblo. Tenerife, Inédito. DE MIER y GUERRA, José Fernando. Informe 11 de abril de 1753. Archivo General de la Nación, Poblaciones Varias. Tomo V, folio 361r. DURAN, Alfonso. (1996). Letanías, Fotocopias, Santa Ana. FALS BORDA, Orlando. (1980). Historia Doble de la Costa.-1. Mompox y Loba. Bogotá: Carlos

Valencia, 324p. GONZÁLEZ LÓPEZ, Guillermo. (1996). Letanías. Fotocopias, Santa Ana. GONZÁLEZ LASCARRO, Ledy Ruth. (2001). Santa Ana. Evolución Histórica. Santa Marta: Tipografía y Litografía Caribe, 216p. MORA DE TOVAR, Gilma. (1993). Poblamiento y sociedad en el Bajo Magdalena durante la segunda mitad del siglo XVIII. En: Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura, No. 21, Universidad Nacional de Colombia, pp. 40-62. PADILLA ROLONG, Renny. (1997). Letanías. Un aporte al Carnaval de Barranquilla. Barranquilla: Efemérides, 104p. RANGEL PAVA, Gnecco. (1948). Aires Guamalenses. Bogotá: Kelly, 150p. REY SINNING,

Édgar. (2004). Joselito Carnaval. Análisis del Carnaval de Barranquilla. Bogotá: Plaza & Janes y Universidad Simón Bolívar, 208p. — (2008). Proclamaciones, Exaltaciones y Celebraciones en el Caribe Colombiano. Siglo XVIII-XIX. Cartagena: Ediciones Plumas de Mompox, 206p. ROYERO SERPA, Enrique. (2002). El carnaval del Río: Guardado en lo puro de sus raíces. Carnaval de Santa Ana. En: Jangwa Pana, No. 2, Programa de Antropología, Universidad del Magdalena, pp. 51-57. ZAMBRANO CADENA, José Rumualdo. (1997). Apuntes de mi tierra. Guamal de Ayer a Hoy. Barranquilla: Servimpresores, 1997, 202p.